

drés Chenier, á quien degollaron los malva... los gigantes del 93.

Creyó ver el señor Gillenormand un ligero fruncimiento de cejas en Mario, el que, en verdad, ya no le escuchaba, sumido en amoroso éxtasis, pensando en Cosette y no en 1793. Pero el abuelo, temeroso de haber introducido tan estemporáneamente en el diálogo á Andrés Chenier, añadió con precipitación:

—Degollaron no es la palabra propia. El hecho es que los grandes géneos revolucionarios no eran malvados, esto es incontestable, eran héroes; pero conocían que Andrés Chenier les molestaba un poco y le hicieron guillot... Es decir, que los grandes hombres del 7 Termidor, por interés del bien público, suplicaron á Andrés Chenier que se dejase...

El señor Gillenormand, cogido como quien dice entre dos fuegos por su propia frase, no pudo continuar. No acertando á concluir ni á retractarse, aprovechando el instante en que su hija arreglaba la almohada de Mario, se salió fuera de la alcoba tan aprisa como se lo permitieron sus años, cerró la puerta tras sí, y sofocado, echando espumarajos y con los ojos descajados, se encontró de manos á boca con Basco, que estaba limpiando las botas en la antecámara, le cogió por el cuello y le gritó furioso:

—¡Eran diablos del infierno y le asesinaron esos bandidos!

—A quién? preguntó Basco asombrado.

—A Andrés Chenier!

—Sí, señor, se apresuró á decir Basco lleno de miedo.

#### IV.

La solterona se conforma con que Fauchelevant traiga algo bajo del brazo.

Cosette y Mario se volvieron á ver. Renunciamos á describir esta entrevista, porque hay escenas que son indescriptibles.

Toda la familia, incluyendo en ella á Basco y á Nicolasita, estaba reunida en el cuarto de Mario cuando entró Cosette.

Apareció en el umbral; parecía que la rodeaba una aureola.

Cosette estaba embriagada de placer y era presa del azoramiento que dá la felicidad. Ya estaba pálida, ya encendida; quería echarse en brazos de Mario y no se atrevía. Se avergonzaba de amar

delante de tanta gente. No se tiene compasión de los amantes felices y no se separan de ellos los extraños cuando desean estar solos.

Detrás de Cosette entró un hombre con pelo cano, grave, risueño, pero con sonrisa vaga y dolorosa.

Era Juan Valjean, vestido decentemente, como dijo el portero, que llevaba traje negro y nuevo y corbata blanca.

El portero no podía figurarse que aquella persona tan bien vestida fuese el individuo lleno de fango y de sangre, harapiento y asqueroso, que la noche del 7 de Junio llevó en brazos á Mario moribundo á aquella casa; pero, sin embargo, había excitado su olfato de portero. Cuando el señor Fauchelevant llegó con Cosette, dijo en voz baja á su mujer:

—Se me antoja que he visto otra vez esa cara.

El señor Fauchelevant, en el cuarto de Mario, permanecía como aparte y junto á la puerta. Llevaba bajo del brazo un paquete semejante á un volumen en octavo envuelto en un papel. El papel de la envoltura era verde y estaba mohoso.

—¿Lleva siempre ese caballero libros bajo del brazo? preguntó Nicolasita á la señora Gillenormand.

—Y qué! respondió el señor Gillenormand, que la había oído; será un sábio. Qué tiene eso de particular? ¿Es culpa suya?

Luego, levantando la voz, dirigiéndose al aludido, le dijo:

—Señor Fauchelevant, tengo el honor de pedirlo para mi nieto, el señor baron de Pontmercy, la mano de esta señorita.

El señor Fauchelevant se inclinó en señal de asentimiento.

—Negocio concluido, dijo el abuelo.

Volviéndose hácia Mario y Cosette, con los dos brazos extendidos, en actitud de bendecir, añadió:

—Se os permite adoraros.

No dieron lugar los amantes á que se lo dijese dos veces. Empezaron á hablarse en voz baja; Mario estaba recostado en el sillón y Cosette de pié junto á él.

—Gracias á Dios que os vuelvo á ver, decía Cosette. Eres tú! Sois vos! ¡Haber ido á pelear de ese modo! Eso es horrible. En cuatro meses no he podido vivir. Es una maldad haber tomado parte en esa batalla. Os perdono, pero con la condición de que no seáis reincidente. Cuando me participaron que viniera á verte, creí

que iba á morir de alegría. Por venir pronto no me entretuve en vestirme. Seguimos viviendo en la calle del Hombre-Armado. Me han asegurado que la herida que tenías en el hombro era tan honda que cabía dentro el puño; además me han dicho que te han cortado carne con tijeras. Esto me causó tanto horror, que lloré hasta agotar el raudal de mis lágrimas. No comprendo cómo se puede sufrir tanto. Parece muy bondadoso vuestro abuelo. Qué feliz soy ahora! Ha terminado la desgracia ya para nosotros. Me amas como antes?

—Ángel mio! exclamó Mario.

La palabra *ángel* es la única del idioma que no se gasta nunca. Ninguna otra resistiría al incesante empleo que hacen de ella los enamorados.

Los dos jóvenes, viendo que había tanta gente delante, dejaron de hablar, contentándose con estrecharse la mano suavemente.

El señor Gillenormand, volviéndose á los que estaban en el cuarto, les dijo:

—Hablad alto, meted ruido, para que estos muchachos no tengan vergüenza de decirse lo que quieren.

Luego, acercándose á Mario y á Cosette, les dijo en voz baja:

—Tuteaos. No os violentéis.

La señorita Gillenormand veía con estupor esta irrupción de claridad en su interior de solterona, pero este estupor no tenía nada de agresivo; no era bajo ningún concepto la mirada escandalizada y envidiosa que lanza la lechuza á dos tortolillas; era la mirada imbécil de una pobre inocente de cincuenta y siete años; era la vida sin vida contemplando el triunfo del amor.

—Ya te lo anuncié yo, le dijo su padre; no podía dejar de suceder esto.

Luego, volviéndose hácia Cosette, exclamó:

—Es linda! Es preciosa! ¡Es una obra de Greuze! ¿Y vas tú á poseer solo semejante tesoro, bribonazo? De buena te libras. Si yo tuviera quince años menos nos la disputaríamos á sablazos, porque me ha enamorado. Vamos á celebrar una gran boda. Nuestra parroquia es San Dionisio del Santísimo Sacramento, pero obtendré una licencia para que os caseis en San Pablo, que es una iglesia mejor. La construyeron los jesuitas y es lindísima. Pienso como vos, señorita; me parece bien que las jóvenes se casen, porque para eso las ha criado Dios. Quedarse solteras es meritorio, pero es muy soso. La Biblia dice: "Multiplicaos,"

Para salvar al pueblo se necesita una Juana de Arco, pero para que no concluya la especie se necesita una tía Antonia. A propósito, Mario.

—Qué, padre mio?

—Tú no tenías un amigo íntimo?

—Sí, Courfeyrac.

—Qué se ha hecho?

—Ha muerto.

—Más vale así.

El abuelo se sentó entre Mario y Cosette, y tomando las cuatro manos de los amantes entre las suyas, arrugadas por la edad, dijo:

—Es bocado exquisito esta jóven. Doncellita y gran señora. Lástima es que no sea más que baronesa. ¡Y qué pestañas tiene! Hijos míos, haceis bien en obrar así. Amaos hasta quedar embobados. El amor es la tontería de los hombres y el espíritu de Dios. Adoraos. Pero, añadió entristeciéndose de repente, ahora me ocurre que la mitad de mis rentas son vitalicias. Mientras yo viva, todo irá bien; pero cuando yo muera, sereis pobres, y las blancas y bonitas manos de la baronesa se verán quizá obligadas á dedicarse á faenas impropias de su clase.

Entonces una voz grave y tranquila, interrumpiendo al vejete, dijo:

—La señorita Eufrasia Fauchelevant posee seiscientos mil francos.

Esta voz era la de Juan Valjean. No había desplegado aun los labios; nadie se acordaba de que estuviese allí; permanecía de pié é inmóvil detrás de aquellos séres felices.

—Quién es la señorita Eufrasia? preguntó el abuelo casi asustado.

—Soy yo, respondió Cosette.

—Seiscientos mil francos! exclamó el señor Gillenormand.

—Menos catorce ó quince mil quizá, contestó Juan Valjean, dejando sobre la mesa el paquete que la solterona tomó por un libro.

El señor Fauchelevant lo abrió en seguida: era un legajo de billetes del Banco. Los contó y había quinientos billetes de mil francos y ciento sesenta y ocho de quinientos: total, quinientos ochenta y cuatro mil francos.

—Ese es un buen libro! repuso el señor Gillenormand.

—¡Quinientos ochenta y cuatro mil francos! murmuró entre dientes la solterona.

—¡Este diablo de Mario ha ido á tropezar en la región de los sueños con una griseta millonaria! ¡Fíaos ahora de los



amorios de los jóvenes! ¡Los estudiantes encuentran á veces mejores gangas que Rostchild!

Mario y Cosette no hacian en todo este tiempo más que mirarse, prestando apenas atencion á aquel incidente.

## V.

Donde se verá que es más seguro depositar el dinero en algun bosque que en manos de algun notario.

Deben los lectores haber comprendido que Juan Valjean, despues del lance judicial de Champmathieu, pudo, gracias á su primera evasion de algunos dias, ir á Paris y retirar á tiempo de casa de Laffitte la cantidad que ganó siendo el señor Magdalena, y que, temeroso de que le volvieran á prender, ocultó aquella suma, enterrándola en el bosque de Montfermeil, en el claro llamado Blarú. La cantidad, que era de seiscientos treinta mil francos, toda en billetes de Banco, abultaba poco y cabia en una caja, pero para preservarla de la humedad la metió en un cofrecito de encina, lleno de virtutas de castaño.

El hombre que Boulatruelle vió una noche en el bosque por primera vez era Juan Valjean.

Cada vez que este necesitaba dinero iba á buscarlo al escondite, y por eso se ausentaba de Paris por dos ó tres dias.

Tenia escondido un azadon entre los matorrales.

Cuando vió convaleciente á Mario, presintiendo que se acercaba el momento de necesitar aquel dinero, se fué á buscarlo.

Por eso le volvió á ver en el bosque Boulatruelle, que heredó el azadon.

La cantidad completa ascendia á quinientos ochenta y cuatro mil francos, pero Juan se quedó con quinientos.

La diferencia entre esta suma y los seiscientos treinta mil francos que retiró de casa de Laffitte representaba el gasto de diez años, desde 1823 á 1833. Los cinco que permaneció en el convento no gastó más que cinco mil francos.

Juan Valjean puso en la chimenea los dos candelabros de plata del obispo, que la tia Santos contemplaba con admiracion.

Hizo esto porque sabia que estaba libre de Javert.

Habia oido referir, y luego lo vió confirmado en el *Monitor*, el suicidio del susodicho inspector de policia, que encontraron ahogado en el Sena, atribuyendo

su muerte á un momento de enagenacion mental.

—En efecto, pensó Juan Valjean, loco debia estar Javert cuando, teniéndome en su poder, me dejó escapar.

## VI.

Los dos ancianos, cada cual á su manera, procuran labrar la felicidad de Cosette.

Se preparaba todo para el casamiento, y despues de consultar al médico, dispusieron que se verificase en el mes de Febrero.

Corria el mes de Diciembre, y pasaron algunas semanas de perfecta é inefable dicha; el abuelo no era el menos dichoso.

Se extasiaba ante Cosette con frecuencia y exclamaba:

—Es una niña admirable, de aspecto dulce y candoroso. Nunca ví muchacha de más atractivo. Llegará dia en que sus virtudes olerán á violeta.

Cosette y Mario habian pasado repentinamente desde el sepulcro hasta el paraíso. La transicion fué tan inesperada, que solo el deslumbramiento les impidió perder el sentido.

—¿Comprendes tú lo que nos ha sucedido? preguntaba Mario á Cosette.

—No, respondia ésta, pero me parece que Dios nos está mirando.

Juan Valjean lo concilió y lo facilitó todo, apresurando la ventura de Cosette con tanta solicitud y alegría como ella misma, á lo menos aparentemente.

La circunstancia de haber sido alcalde le ayudó á resolver un problema delicado, cuyo secreto él solo conocia: el estado civil de Cosette.

Declarar secamente su origen quizá hubiese sido un obstáculo para celebrar la boda.

Supo allanar todas las dificultades, proporcionando á Cosette una familia de individuos ya difuntos, que le pareció el mejor medio de evitar reclamaciones. Hizo constar que Cosette era el último vástago de una línea ya extinguida. Debia el nacimiento, no á él, sino á otro Fauchelevant hermano suyo.

Los dos hermanos habian sido jardineros en el convento del Petit-Picpus.

Se fué al convento y allí le extendieron excelentes informes y respetables testimonios.

Las monjas, poco aptas y sin inclinacion á sondear las cuestiones de paternidad, no supieron nunca con fijeza cuál

de los dos Fauchelevant era el padre de Cosette.

Declararon, pues, lo que Juan Valjean quiso que declararan. Se extendió un acta de notoriedad, y Cosette fué ante la ley Eufrasia Fauchelevant, huérfana de padre y madre.

Juan Valjean se lo arregló de modo que quedó nombrado tutor de Cosette y el señor Gillenormand tutor sustituto.

Los quinientos ochenta y cuatro mil francos provenian de un legado que hizo á Cosette una persona ya difunta y que deseaba permanecer desconocida. El legado primitivo fué de quinientos noventa y cuatro mil francos, pero se gastaron diez mil en la educacion de Eufrasia, cuya cantidad se pagó al indicado convento. Este legado, que se depositó en manos de un tercero, debia entregarse á Cosette cuando fuese mayor de edad ó cuando se casase.

Cosette supo, pues, que no era hija de aquel anciano á quien habia llamado padre tanto tiempo. Solo era tio suyo, era hija del otro Fauchelevant.

En cualquier otra ocasion esta noticia la hubiera entristecido, pero en aquellos momentos de felicidad apenas fué para ella una sombra, una nubecilla que el exceso de alegría disipó pronto.

Teniendo á Mario lo tenia todo. Al desvanecerse ante ella la personalidad del anciano, surgia la del joven. Estas son las peripecias de la vida.

Además, Cosette estaba acostumbrada, hacia ya muchos años, á ver enigmas en torno suyo. Y los que han tenido una infancia misteriosa se hallan siempre predispuestos á renunciar á ciertos sentimientos.

Continuó, sin embargo, llamando padre á Juan Valjean.

Cosette, en su amoroso éxtasis, se entusiasmaba por el señor Gillenormand; verdad es que él la colmaba de madrigales y de regalos.

Mientras Juan Valjean preparaba á Cosette situacion normal en la sociedad y estado civil inatacable, el señor Gillenormand le preparaba el canastillo de boda. Le complacia y le divertia mostrarse espléndido. Regaló á Cosette un vestido de encaje que habia usado su abuela.

—Las modas antiguas vuelven á ser de moda, decia, y las jóvenes de mi vejez se visten como las viejas de mi infancia.

Sacaba de sus respetables cómodas de laca de Coromandel, que no se habian

abierto en muchos años, trapos y trajes antiguos. Abria estrepitosamente gasetas panzudas llenas de vestidos y de adornos de sus dos mujeres, de sus abuelas y de sus queridas, y todo se lo regalaba á Cosette. Cosette, sorprendida, penetrada de amor hácia Mario y de reconocimiento al señor Gillenormand, soñaba en una felicidad sin límites, entre rasos y terciopelos. El canastillo de boda se le aparecia sostenido por serafines. Su alma se perdia en el azul del cielo, volando con alas de encaje de Malinas. La embriaguez de los enamorados solo igualaba al éxtasis del abuelo.

Un dia Mario, que aprovechaba la ocasion de exponer ideas levantadas hasta en medio de su felicidad, dijo, á propósito de no sé qué incidente:

—Los hombres de la revolucion son tan grandes, que han alcanzado ya el prestigio que dá los siglos, como Caton y Focion, y cada uno de ellos parece una antigua memoria.

El señor Gillenormand, por el contrario, del ajuar de la novia sacaba un conjunto de sabiduria, diciendo:

—Bueno es el amor, pero estos accesorios son muy útiles. La felicidad necesaria de lo supérfluo, es lo necesario por sí sola, pero conviene sazonarla con artículos de lujo. Un palacio y un corazon, un corazon y el Louvre; dadme una pastora, pero procuremos que sea duquesa. Traedme á Filis coronada de florecillas, pero dotádmela con cien mil francos de renta. Construidme una casa de campo rústica que se pierda de vista, pero que sea bajo una columnata de mármol. La felicidad á secas se parece al pan seco, que llena el estómago, pero eso no es comer. Yo quiero lo supérfluo, lo inútil, lo extravagante, lo que no sirve para nada. Recuerdo haber visto en la catedral de Estrasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos, que señalaba la hora, aunque su aspecto no indicaba que fuese esa su mision; dicho reloj, despues de dar las doce del dia ó las doce de la noche, enseñaba la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, sacando una caterva de cosas de su nicho, entre las que habia un monton de muñequillos dorados tocando la trompeta: comparado con éste, ¿qué vale un reloj que solo marca las horas? Prefiero, pues, el gran reloj de Estrasburgo al cucú de la Selva Negra.

El señor Gillenormand desbarraba, sobre todo cuando se trataba de la boda,



y todo el ajuar del siglo diez y ocho hallaba cabida en sus ditirambos.

—Vosotros no sabeis el arte de celebrar las fiestas. Ahora no sabeis pasar un día de buen humor. El siglo diez y nueve es blanducho y no conoce el exceso del vigor. No conoce la riqueza ni la nobleza. Ahora todo es mundo y lirondo. La clase media es insípida, inodora é incolora. Sus mujeres solo sueñan al establecerse, como ellas dicen, en un lindo tocador adornado con muebles nuevos de palosanto y con cortinajes de calicot. Valiente suntuosidad! El señor Tacaño se casa con la señorita Ahorriillos. En el siglo actual se hacen negocios, se juega á la Bolsa, se gana dinero, pero los hombres son miserables. Pulir y barnizar la superficie es el objeto predominante; cada cual procura prenderse de veinticinco alfileres, lavarse, jabonarse, peinarse y charolarse, limpiarse por fuera, aparecer irreprochables y pulimentados como un espejo; pero al mismo tiempo, en el fondo de la conciencia solo hay estercoleros y cloacas, capaces de hacer retroceder á una vaquera que se suena con los dedos. Mario, no te enojas y permíteme que hable. Ya ves que no hablo mal del pueblo, al contrario, se me llena la boca cuando le nombro; pero déjame que babeé á la clase media. A ella pertenezco, y quien bien te quiera te hará llorar. Repitió que hoy se casa la gente, pero no sabe casarse. Echo de menos la gentileza de las costumbres antiguas; la elegancia, la caballeridad, los modales corteses y graciosos y el lujo; la música formando parte de la boda, arriba la sinfonía, abajo el tamboril; los bailes, los alegres festines, los madrigales alambicados, las canciones, los fuegos artificiales, las risas sin doblez, el diablo y su comitiva y los grandes lazos de cintas. Echo de menos la liga de la novia, que es la prima hermana del ceñidor de Vénus. La guerra de Troya gira sobre la liga de Elena. ¿Por qué el divino Diomedes rompe en la cabeza de Medíoneo el enorme casco de bronce de diez puntas? ¿Por qué Aquiles y Héctor cruzan sus picas? ¿Por qué Elena permitió que París le atase la liga? De la liga de Cosette sacaría Homero la *Iliada*, introduciría en su poema un viejo charlatan como yo y le llamaría Nestor. En mis tiempos, los casamientos se celebraban en toda regla; primero el contrato de boda y luego una suculenta comilona. Desde que salía Luyacio entraba Camacho; porque el estómago es

un animal que pide lo que le pertenece de derecho y quiere también tener su boda: cenábamos bien, al lado de una mujer hermosa y descotada. ¡Qué alegría reinaba en mi época! La juventud era un ramillete. El guerrero se convertía en pastor, y si era capitán de dragones, encontraba medio de llamarse Florian. Había empeño en estar lindos; abundaban los bordados y brillaban los colorines. El simple ciudadano brillaba como una flor y el marqués como un diamante. No se gastaban trabillas, no se usaban botas y nos divertíamos en grande. Hoy predomina la seriedad; el hombre es avaro y la mujer gazmoña, y son capaces de expulsar á las tres Gracias porque van demasiado despechugadas. Hoy esconden á la hermosura como si fuera fealdad. Desde la Revolución todos llevan pantalones, hasta las bailarinas. Las alumnas de Terpsicore son graves y vuestros rigodones doctrinarios. La majestad ante todo. El gran tono es llevar la barba metida dentro de la corbata. El ideal de un mozalvete de veinte años que se casa consiste en parecerse á Royer Collard. Qué diablo! Ya que os casáis, casaos con la fiebre, el atolondramiento y el bullicio de la felicidad. Me inspira horror una boda prosáica. Cuerpo de Cristo! Ese día, por lo menos, subid al Olimpo y convertíos en dioses.

Mientras el señor Gillenormand, durante su lírica efusión, se escuchaba á sí mismo, Cosette y Mario sentían la dulce embriaguez de mirarse con entera libertad.

La señorita Gillenormand miraba todo lo que sucedía con su impasibilidad habitual. Durante cinco ó seis meses no dejó de recibir emoción tras emoción: Mario de vuelta, Mario lleno de sangre, Mario traído de una barricada, Mario muerto y luego vivo, Mario reconciliado, Mario casándose con una pobre, Mario casándose con una millonaria. Los seiscientos mil francos fueron su última sorpresa; en seguida recobró su indiferente calma.

Continuó asistiendo con regularidad á los oficios religiosos, y pasaba y repasaba las cuentas del rosario; cuchicheaba sus Ave-Marias mientras conjugaban en otro rincón el verbo amar, y Mario y Cosette le parecían dos sombras; pero la sombra era ella.

Hay un estado de ascetismo inerte, en el que neutraliza al alma el entorpecimiento, en el que es extraña á lo que

podría llamarse la tarea de vivir, y en el que no percibe más que los temblores de tierra y las catástrofes, pero ninguna de las impresiones humanas, ni las agradables, ni las dolorosas.

—Tu devoción, decía el señor Gillenormand á su hija, se asemeja al romadizo de cabeza; no hueles nada de la vida; pero si no sientes el mal olor, tampoco el bueno.

Su padre estaba tan acostumbrado á prescindir de la solterona, que ni siquiera la consultó sobre el casamiento de Mario. El abuelo había cedido á su primer ímpetu, como hacía siempre, no quedándole del déspota convertido en esclavo más pensamiento que el de tener contento á Mario. Ni siquiera se acordó de que existiese la tía de éste, ni de que pudiera tener opinión; esto hirió el amor propio de la señorita Gillenormand. Algo ofendida en su fuero interno, pero apareciendo impasible, se había dicho para su sayo:—“Mi padre resuelve la cuestión del matrimonio sin contar conmigo; pero yo resolveré la cuestión de la herencia sin contar con él.”

En efecto, la señorita Gillenormand era rica, aunque su padre no lo era. No comunicó á nadie su decisión, y es probable que si Mario se hubiera casado con una pobre, éste no hubiera heredado á su tía. Pero el medio millón de francos de Cosette halagó mucho á la señorita Gillenormand y le hizo cambiar el modo de pensar respecto á los dos enamorados. Seiscientos mil francos es una suma que merece consideración y respeto, y la solterona no podía menos de testar en favor de los dos jóvenes, por el motivo de que no necesitaban su herencia.

Se convino que los esposos habitarían en casa del abuelo; éste quiso cederles su habitación, por ser la más hermosa de la casa.

—Esto me rejuvenecerá, decía. Es un antiguo proyecto mío. Siempre tuve la idea de convertir mi cuarto en cámara nupcial.

La amuebló con una porción de antiguos cachivaches galantes, y la hizo techar y alfombrar con una tela de extraordinario mérito, que conservaba en pieza, y que creía que era de Utrech; tenía el fondo de raso adornado con flores de terciopelo.

—De esta tela, decía, era el cobertor de la cama de la duquesa de Aliville, en Roche Guyon.

Colocó en la chimenea una estatuita

de Sajonia, que llevaba un manguito sobre el vientre desnudo.

La biblioteca del señor Gillenormand se transformó en despacho de abogado para Mario, que éste necesitaba, con arreglo á lo que previenen los estatutos del colegio.

## VII.

Efectos de sueño mezclados con la felicidad.

Los amantes se veían diariamente. Cosette iba á casa del señor Gillenormand con Juan Valjean.

La convalecencia de Mario hizo adoptar esa costumbre, y los sillones de la calle de las Hijas del Calvario, que eran más cómodos para los diálogos amorosos que las sillas de paja de la calle del Hombre-Armado, habían contribuido á arraigarla. Mario y Fauchelevent se veían, pero no se hablaban. Parecía plan convenido. Las jóvenes solteras necesitan un rodrigon, y Cosette no hubiera podido ir á casa de Mario sin que la acompañase Juan Valjean, de modo que éste era para Mario la condición de Cosette, condición que él aceptaba.

Cuando discutían sobre política vagamente, bajo el punto de vista de la mejora general de la suerte de todos, llegaban á decirse algo más que sí y no. Ocupándose una vez de la enseñanza, que Mario quería que fuese gratuita y obligatoria y que se prodigase á todos como el aire y como el sol, fueron del mismo dictámen y casi entraron en conversación. Mario notó entonces que Juan Valjean hablaba bien y hasta con cierta elevación de lenguaje, pero que le faltaba cierto no sé qué. Tenía algo de menos que el hombre de mundo y alguna cosa más.

Mario, interiormente, en el fondo de su pensamiento, dirigía todo género de preguntas mudas al señor Fauchelevent, que era para él sencillamente benévolo y frío. Había instantes en que dudaba de sus propios recuerdos. Se hizo en su memoria un agujero, que abrieron cuatro meses de agonía, y en el que se habían perdido muchas cosas. Se preguntaba á sí mismo si tenía la seguridad de haber visto á un hombre tan grave y tan sereno como el señor Fauchelevent en la barricada.

No era éste el único estupor que las apariciones y desapariciones del pasado le habían dejado en el espíritu; ni debe creerse que estuviese libre de las insis-



tencias de la memoria, que nos obligan, hasta siendo dichosos, á mirar melancólicamente hácia atrás. La cabeza que no se vuelve hácia los horizontes desvanecidos, es que no encierra ni pensamiento ni cariño.

A veces Mario se cogia la cara con las dos manos, y su pasado, tumultuoso y vago, atravesaba por el crepúsculo que apenas alumbraba su cerebro. Veia entonces caer otra vez á Babeuf, oia á Gavroche cantar entre la lluvia de metralla, sentia en sus labios el frio de la frente de Eponina, y las sombras de todos sus amigos, de Enjolras, Courfeyrac, Combeferre, Prouvaire, Bossuet y Grantaire surgian ante él, disipándose en seguida. Todos esos seres queridos, valientes y trágicos, ¿eran soñados ó habian existido realmente? El motin lo habia arrastrado todo entre su humareda. Las grandes fiebres originan esta clase de sueños. Mario se interrogaba y se palpaba, agitándose en el vértigo de estas realidades desvanecidas. ¿Dónde estaban, pues, aquellos seres? ¿Habian muerto sin quedar uno solo? De la caída en el abismo tenebroso era él el único que se habia salvado. ¿Fué aquello una desaparicion como las que se verifican en un teatro? Así las hay en el teatro de la vida. Dios pasa al acto siguiente.

Cuando pensaba en sí mismo le parecia no ser el mismo de antes. Antes era pobre, ahora rico; ayer abandonado, hoy tenia familia; estaba desesperado y queria morir, y ahora iba á casarse con la mujer que adoraba. Se figuró que habia cruzado la vida al través de un sepulcro, que penetró en él negro y salió blanco, y que todos los demás habian quedado en la oscuridad.

Habia instantes en que aquellos seres del pasado, apareciéndosele, formaban un círculo á su alrededor y le oscurecian; pero pensaba en Cosette y se tranquilizaba; necesitaba de esta felicidad para borrar de su memoria la pasada catástrofe.

El señor Fauchelevent formaba parte de esos seres desvanecidos. Costaba trabajo á Mario creer que el Fauchelevent de la barricada fuese el que veia ante sí de carne y hueso, sentado gravemente al lado de Cosette. Se creia víctima de una de las pesadillas que tuvo en sus horas de delirio. Como los temperamentos de los dos eran inaccesibles, no habia posibilidad de que Mario dirigiese ninguna pregunta á Juan Valjean, ni viceversa. Dos hombres poseedores de un se-

creto, y que por una especie de convenio tácito no hablan nunca de él, son menos difícil de encontrar de lo que se cree.

Una vez sola intentó Mario romper aquel silencio. Hizo salir á la conversacion la calle de la Chanvrerie, y volviéndose hácia el señor Fauchelevent, le preguntó:

—Conoceis bien esa calle, ¿no es verdad?

—Qué calle?

—La calle de la Chanvrerie.

—No tengo idea alguna del nombre de esa calle, contestó Juan Valjean con naturalidad.

La respuesta, referente al nombre de la calle y no á la calle misma, le pareció á Mario más concluyente de lo que era en realidad.

—Decididamente, dijo para sí, lo he soñado. Fué una alucinacion. Sin duda es alguno que se le parece. El señor Fauchelevent no estuvo en la barricada.

## VIII.

Dos hombres imposibles de encontrar.

**E**l encanto en que vivia Mario no podia borrar de su espíritu otras preocupaciones.

Mientras se preparaba su boda esperando la época fijada, se dedicó á hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenia contraidas dos deudas de gratitud, una en nombre de su padre y otra suya personal: la de Thenardier y la del desconocido que le llevó moribundo á casa de su abuelo. Mario deseaba encontrar á esos dos hombres; no podia conciliar la idea de su casamiento y de su felicidad con la de olvidarlos, creyendo que no pagando esas dos deudas de gratitud, proyectarian sombra en su vida luminosa del porvenir. Le era imposible dejar tras sí esas dos partidas en descubierta, y queria, antes de entrar en la vida nueva, recibir el finiquito del pasado.

Aunque Thenardier fuese un infame, habia salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos, excepto para Mario: éste, como ignoraba lo que habia pasado en el campo de Waterloo, no sabia que aunque Thenardier salvó la vida de su padre, no tenia motivo para estarle agradecido. Ninguno de los diversos agentes que empleó Mario llegó á descubrir la pista de Thenardier. Se habia eclipsado completamente. La

mujer de Thenardier murió en la cárcel durante el proceso. El bandido y su hija Azelma, únicos personajes que quedaban de aquel deplorable grupo, habian desaparecido otra vez en las tinieblas. Muerta la ex-posadera, absuelto Boulatruelle y fugado Suenadiner con los principales acusados, abortó, ó poco menos, el proceso referente á la emboscada de la casucha Gorbeau, y aquel asunto quedó envuelto en cierta oscuridad. El tribunal tuvo que contentarse con el castigo de dos subalternos, Panchaud (a) Primavera y Dos Millares; fueron condenados á diez años de presidio y á cadena perpétua sus cómplices, fugados y contumaces. Contra Thenardier, como jefe y autor de la trama, recayó sentencia de muerte, tambien por contumacia. La pena capital, lanzando á éste á lo más profundo del abismo, consiguió, burlando la vigilancia de la justicia, espesar más las tinieblas que ya le envolvian.

En cuanto al individuo que habia salvado á Mario, las indagaciones dieron al principio algun resultado, pero luego ya no dieron ninguno. Consiguieron dar con el coche de alquiler que transportó á Mario á la calle de las Hijas del Calvario la noche del 6 de Junio. Declaró el cochero que el 6 de Junio, por orden de un agente de policia, se estacionó desde las tres de la tarde hasta el anochecer en el muelle de los Campos Eliseos, encima del vertedero del gran albañal; que sobre las nueve de la noche se abrió la reja de la alcantarilla que dá sobre el ribazo del rio, y salió de ella un hombre que llevaba á cuestras á otro que parecia estar muerto; que el agente colocado allí en acecho habia preso al hombre vivo y cogido al hombre muerto; que subieron los tres en el coche y se dirigieron á la calle de las Hijas del Calvario, en la que depositaron al moribundo, que era el mismo Mario, y que le reconocia aunque ahora estaba vivo; que los demás se marcharon en el coche, y que el agente le mandó que parara á pocos pasos de la puerta de los Archivos, y que allí, en medio de la calle, le pagó y le despidió, llevándose el inspector al otro individuo, y que no sabia nada más.

Mario, como sabemos, no recordaba nada. Solo tenia idea de que se apoderó de él una mano enérgica en el momento de caer en tierra en la barricada; entonces perdió el conocimiento y no lo recobró hasta mucho más tarde en casa de su abuelo.

Mario se perdia en un mar de conjeturas. No podia comprender cómo habiendo caído en la calle de la Chanvrerie, el agente de policia le pudiese recoger en el ribazo del Sena, junto al puente de los Inválidos. Alguno le habia trasladado desde el barrio de los Mercados á los Campos Eliseos. Y cómo? Al través del alcantarillado, lo que indica inaudita abnegacion.

A descubrir, pues, quién era su salvador se dirigian todas las pesquisas de Mario; pero no pudo encontrar ni el menor indicio, ni el más leve rastro de ese hombre. Con mucha reserva se presentó en la Prefectura de policia; pero allí, como en otros puntos, los datos que le dieron no le aclararon nada. La Prefectura sabia menos que el cochero. No tenia noticia de ningun arresto verificado el 6 de Junio en la reja del gran albañal; y como no recibió parte ninguno, consideraba ese arresto como una fábula. El hecho, sin embargo, era cierto, y Mario no podia dudar de él á no dudar de su propia identidad.

Todo era inexplicable en ese extraño enigma.

¿Qué se hizo el personaje misterioso que el cochero vió salir del gran albañal, llevando á cuestras á Mario moribundo, y que prendió el agente en el momento de salvar á un insurrecto? ¿Qué se hizo dicho agente de policia y por qué guardaba silencio sobre este asunto? ¿Habia conseguido evadirse su salvador, sobornando al agente? Y en este caso, ¿por qué su salvador no se presentaba á Mario, que le debia estar agradecido? El desinterés en este caso no era menos prodigioso que la abnegacion. Quizá ese hombre estaba por encima de la recompensa, pero nadie debe estar por encima del agradecimiento. Quién seria? Habria muerto? Nadie podia decirlo. Basco y Nicolasita, azorados, solo se fijaron en el señorito moribundo. El portero, que alumbró la trágica llegada de Mario, recordaba vagamente al individuo en cuestion, pero solo decia: "Es un hombre espantoso."

Creyendo Mario que podria ayudarle en sus investigaciones la ropa ensangrentada que llevaba puesta cuando le condujeron á casa de su abuelo, la conservó, y al examinar la levita, notó que uno de los faldones estaba roto; le faltaba un pedazo.

Hablando Mario una noche delante de Cosette y de Juan Valjean de su singular aventura, de los infructuosos da-